

CON RUMBO Á LA ESPERANZA

EUROPA pierde anualmente una parte de su población, insignificante por el número si se la compara con la gran masa humana que habita su suelo, valiosa por las iniciativas enérgicas y el coraje que demuestra el abandonar la tierra patria con rumbo á lo desconocido.

Todas las semanas apártanse de sus costas enormes buques, que vomitando humo se lanzan á través de las infinitas y azules soledades, repleto el cóncavo vientre de carne humana, que sufre, se agita, sueña ó se estremece con los internos espejismos de la esperanza. Salen de los muelles escarchados y brumosos del Báltico; de los puertos ingleses, negros de polvo de hulla, en cuyo ambiente grasoso parece esparcirse un vago perfume de té y tabaco con opio; de las costas de la Francia oceánica, que opone sus bancos vivos de mariscos y los oscuros pinares de sus landas á los rabiosos asaltos del fiero golfo de Gascuña; de las bahías españolas, inmensas copas de tranquilo azul, sobre las cuales trenzan y destrenzan las gaviotas el blanco aleteo, como asustadas por el intempestivo chirrido de una grúa ó el mugido de una sirena; de las escalas del Mediterráneo, sonrientes y adormecidas bajo la ardiente lluvia de sol; ciudades blancas, con la alba crudeza de la cal ó la suave y aristocrática del mármol; ciudades en cuyos embarcaderos flota un ambiente de hortalizas marchitas y frutos sazonados, y en las que el viento de tierra lleva hasta los buques, junto con el nupcial aliento del naranjo y el varonil incienso del almendro, briosos rasgueos de la guitarra ibera, locos repiqueteos del tamboril provenzal y lánguidos arpegios de las mandolinas italianas.

Los gigantes marinos mueven las invisibles uñas de sus hélices y se despegan de la tierra. Su proa, como un hocico inteligente, parece husmear el horizonte para adivinar la senda á través del infinito, y en torno de su grupa rebullen convertidas en jabonosa espuma las aguas

grises ó negruzcas de los mares septentrionales, las azules ondulaciones atlánticas, ó las verdes líneas mediterráneas, pobladas de chisporroteos de sol y escamas de oro, que pasan y se renuevan como estrellas fugaces en las glaucas profundidades.

En torno de las chimeneas, anchas y redondas como torres, agrupa la ciudad flotante sus blancas galerías, que son calles lujosas; sus viviendas confortables; todo el alto castillo de albura deslumbrante, minuciosa limpieza, maderas barnizadas, bronce pulidos, gruesos cristales y muelles alfombras, que da alojamiento por unas semanas á los pasajeros de clase superior. Apoyados los codos en la borda, siguen con ojos entornados por la somnolencia que da el mar la eterna fuga, á lo largo del buque, de las aguas, que se arrojan al fin en los remolinos de las hélices. Al través de los enrejados de la baranda lucen como alegres notas de color los vestidos femeniles, interpolados con las pinceladas negras ó grises del traje masculino, modificado en su gravedad por la blancura de la gorra de viaje. Estos pasajeros viven en grupos aparte, separados por largos intervalos, como la riqueza y el bienestar viven en tierra firme, cuidando de mantener el aislamiento y la escasez de número, como signos de rareza y privilegio.

Abajo, en los dos extremos de la nave, llenando los amplios fosos entre el castillo central y los de proa y popa, está el amontonamiento humano, la promiscuidad de la miseria terrestre prolongándose sobre el movable reino de las olas: cuerpos faltos de espacio, alineados y entabados como los ladrillos de una construcción: razas diversas, nacimientos distintos, confundidos por la pobreza, arrastrados por la aventura, aconsejados por la codicia, que ríen, lloran, cantan ó se quejan, debatiéndose en el corto espacio limitado por las bordas para hacerse sitio, para usurpar unas pulgadas del suelo perteneciente al vecino, para ocupar un rincón más cómodo, á impulsos del cruel egoísmo de la lucha por la existencia.

Han ido entrando en las diversas escalas como un chorro de pobreza y esperanza. Aguardaban en los muelles la llegada del buque, sentados sobre rollos de viejos colchones, líos de mantas y fardos de ropas, restos de la pasada penuria, que les acompañan en su peregrinación. Escudriñaban al horizonte esperando la presencia de la columna de humo, con la inquietud del que por vez primera ve las olas y la alegría del que cree encontrar la dicha al otro lado del misterioso infinito. Por la pasarela que une la tierra con la cubierta, ha ido desfilando, bajo la curiosa mirada de los pasajeros ricos, todo este ejército de miseria: viejos de miembros secos y retorcidos por el trabajo, en cuyos ojos brilla la voluntad como una lejana estrella roja; mujeres que llevan de la mano una fila de pequeñuelos y al andar avanzan el saliente abdomen, abombado por la maternidad, haciendo cambiar de patria y hemisferio al nuevo fruto antes de que venga á la vida; hombres enfurruñados que al poner el pie en el buque se despiden de la tierra con una mirada sombría; perros que se deslizan ocultos entre las faldas embarradas y las flacas piernas; cofres pobres de chillones adornos; paquetes de ropas multicolores, que guardan en sus entrañas cacharros de cocina; y en medio de este amontonamiento, guitarras, acordeones y arpas, fragmentos de poesía del terruño que emigran con los desesperados, como remedios vibrantes para las horas de nostalgia y decaimiento.

Los recién llegados procuran acomodarse entre los que ocupaban ya un lugar en el buque, viniendo de lejanos puertos. Un pueblo se funde con otro pueblo; los diversos grupos se miran con desconfianza silenciosa, se pelean ó fraternizan en el reducido espacio de la cubierta, repitiendo lo que en el amplio escenario de la tierra han hecho las naciones durante el curso de la Historia.

Hombres morenos de cabeza rapada, negros bigotes y gestos vehementes, contemplan con sorna meridional al germano de blonda barba, que fuma silencioso su pipa, con una sonrisa de buen gigante; al campesino húngaro de melenas aceitosas; al judío de vaga nacionali-

dad; al ruso que asoma su rostro rubicundo á una ventana de encendidos vellones, formada por el marco de las guedejas y la capilaridad facial; al dáltama arrogante y membrudo, mezcla de montañés y marinero; al turco misántropo, eternamente acurrucado, que deja vagar su mirada por el infinito; al sirio que lleva el rosario arrollado al puño como una ejecutoria de cristiandad.

Las buenas comadres de Nápoles ó La Coruña, de Génova ó Gijón, habladoras, curiosas, impulsivas y prontas á la bondad, pretenden entablar una plática — en fuerza de manoteos y palabras que restan incomprensidos en el aire — con las fornidas muchachonas rubias, carillanas y pecosas, cuyos cabellos de oro gris se ocultan bajo el lacio volante de un gorrito blanco.



VISTA DE BUENOS AIRES DESDE EL RÍO

Luego se dirigen á unas hembras balcánicas, morenas, enjutas, de ojos de brasa, que ostentan sobre el pecho curiosos amuletos, tan cortas y huecas de faldamenta algunas de ellas, que parecen bailarinas después de arrastrar sus distraces de opereta á través de largos años de miseria.

Suenan á un tiempo casi todos los idiomas de Europa, y con ellos misteriosos dialectos de desconocidas regiones, de exiguos valles perdidos en la inmensidad del continente. Los ojos y las manos completan con su gesticulación las frases ininteligibles. Algún bachiller que pasea entre los grupos, el abollado sombrero sobre la frente y subido el cuello del gabán para ocultar interiores deficiencias, adivina con asombro en las palabras de la ruidosa algarabía naciones cuya realidad nunca había sospechado. ¡Eslovacos! . . . ¡Rutenos! . . . ¡Tcheques! . . .

La dificultad de entenderse por medio del lenguaje impulsa á los más expansivos á la alegría. El buque parte las aguas con su morro de mónstruo: el viento barre con húmeda caricia las preocupaciones y el mal humor del amontonamiento humano. La velocidad y lo novedoso de la marcha sobre el líquido abismo, parecen excitar á los peregrinos. Mujeres que gritaban amenazadoras disputándose un lugar ó la colocación de unos fardos, conversan plácida-

mente ó se miran con simpatía silenciosa por encima del obstáculo que opone el idioma: los viejos fuman asomados á la borda; los jóvenes se buscan y sonríen con irresistible atracción sexual. Los instrumentos de música surgen de los andrajos empaquetados y se revelan ignoradas habilidades, creándose en torno de ellas un ambiente admirativo. Ganguean los acordeones un vals interminable cortado por bruscas pausas, puntean las mandolinas, runrunean las guitarras como abejorros melodiosos, y á un lado del buque suspira la melancólica romanza de Nápoles, mientras al otro una voz de arrogante y sonora brutalidad entona la copla de Zaragoza como un alarido de combate.

Suenan las castañuelas; la gente se apiña más aún, se esfuerza por dejar un ruedo de cubierta libre, y en este espacio saltan ágiles los bailarines y se arremolinan las faldas al compás de las rodajas de madera de incesante repiqueteo. De vez en cuando, danzantes y público levantan los ojos para contemplar con una mirada bovina la fila de cabezas asomadas al balcón del castillo central. Son los pasajeros de primera clase, que buscan en la forzada alegría de los emigrantes un motivo de diversión. Algunos arrojan monedas á los enjambres de chicleos de diversa nacionalidad y raza; unos rubios, otros casi cobrizos, que se entienden misteriosamente á través de las divergencias de lengua, unidos por la santa fraternidad de la infancia y por la costumbre de sonarse con los dedos y asomar los pulgares de los pies por los agujeros de los zapatos.

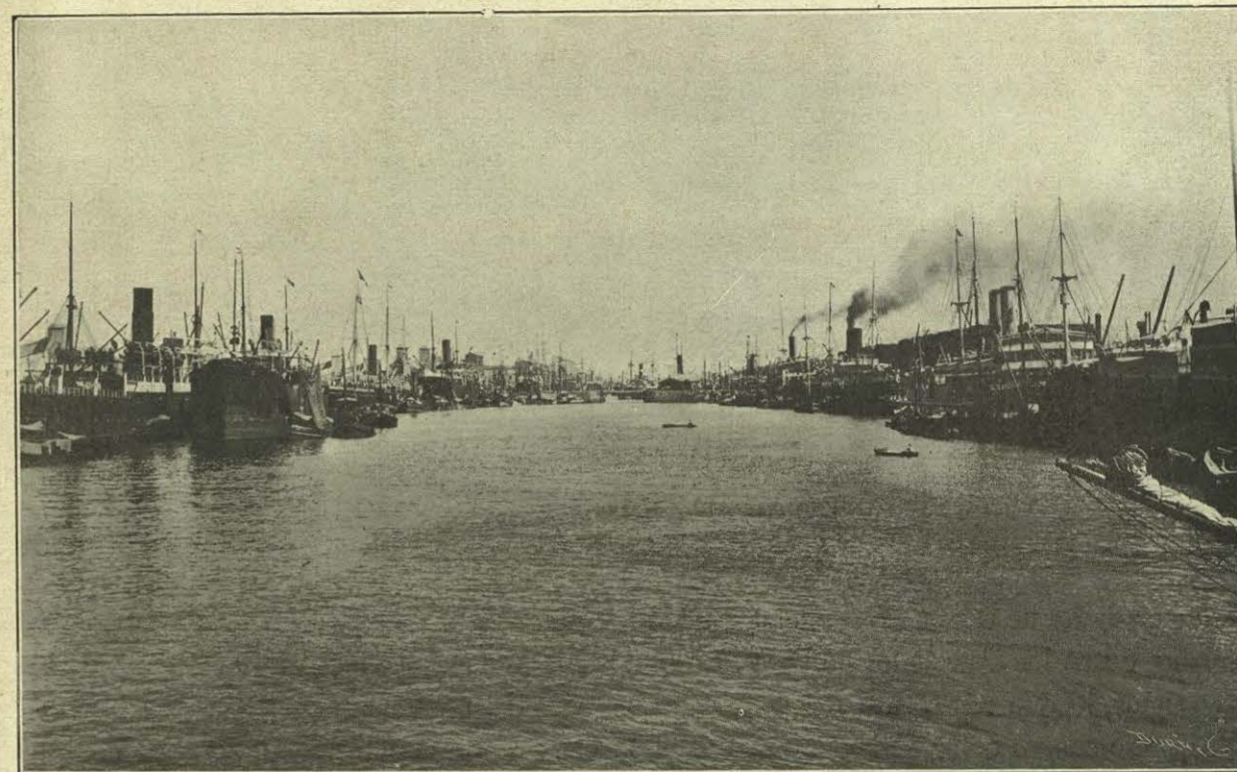
Mientras tanto, el buque camina. . . camina. Sus zarpas ocultas arañan las aguas profundas; su chimenea arroja una columna salomónica de humo, densa como la tinta, que pa-

lidece al dilatarse, convirtiéndose en pálido jirón irisado por el sol. Los cuchillos de espuma brincan y rugen junto á la proa, extendiéndose como un ángulo á ambos lados del buque. En la popa rebullen las aguas con oculta revolución, y quedan luego inmóviles, como muertas, formando un ancho camino verde y blanco, en cuya tersura sobrenadan grandes burbujas.



UN MUELLE DE BUENOS AIRES

Desapareció la tierra: agua por todas partes. El azul blanquecino del cielo sobre el azul negruzco de las olas. La proa, que se alza hasta ocultar la faja del horizonte ó se hunde elevando sobre su ángulo la lejana línea del mar, como una muralla oscura; la popa, que parece desplomarse en el abismo á cada ondulación, ó al remontarse acaricia algunas veces el espacio con infructuosas paletadas de sus hélices; el mugir lejano de las máquinas en lo



BUENOS AIRES: UNA DÁRSENA DE PUERTO MADERO

más profundo de las entrañas del leviatán de acero, revelan únicamente el movimiento, la marcha. Sin esto el buque parecería inmóvil, encantado en medio de la inmensidad circular y monótona. Avanza y avanza, y siempre parece estar en el mismo sitio, en el centro exacto del circo infinito.

¿Adónde va el buque á través del misterio azul? ¿A qué lejana tierra de ensueño conduce su cargamento de miseria y esperanza? . . .

* * *

Hace años, estos férreos transportadores de hombres seguían todos el mismo rumbo, con la tenacidad rutinaria del rebaño que, una vez aprendido un camino, no sabe salirse de él.

Al abandonar las costas europeas ponían la proa al Oeste, siguiendo los mares septentrionales agitados ó brumosos. Todos se daban cita en las costas de una inmensa nación, tragadero insaciable de hombres, olla hirviendo de todas las razas, tierra de prodigios monstruosos, de iniciativas desconcertantes en fuerza de ser grandiosas; país rodeado de una leyenda de maravillas, con minas de oro más opulentas que las del tiempo de Salomón, edificios de mayor altura que la torre de Babel ó los pensiles de Semíramis, é invenciones como no las soñaron los antiguos magos.

Ahora ya no navegan todos los gigantes del mar con rumbo á los Estados Unidos de la